

Europa ante los riesgos que afectan su seguridad

JAVIER PARDO DE SANTAYANA *

El hecho de que todos los años hayamos de consignar algún nuevo hito en el proceso de la construcción europea evidencia el dinamismo de la Unión. Desde luego, 2004 no será una excepción a esta regla, puesto que ha visto el nacimiento de lo que muchos han llamado su “Constitución”.

Sin embargo, a fuer de sinceros hemos de constatar que este acontecimiento, que debiera haber sido acompañado por el entusiasmo propio de la ocasión, ha suscitado en la ciudadanía una reacción ciertamente pobre y desmayada. Ni tan siquiera hemos podido observar excesivas expresiones de satisfacción en aquellos países que estrenaban su

* Teniente General de la Reserva

condición de miembros de este exclusivo club europeo, tan deseado por ellos durante muchos años de espera.

Esta penosa impresión que les transmito no es fruto de una percepción subjetiva por mi parte. Para corroborarla basta con repasar los resultados de las elecciones europeas celebradas el pasado mes de junio, puesto que éstas registraron unos niveles de participación verdaderamente raquíticos, y fueron precisamente los nuevos socios quienes se mostraron menos tocados por la euforia.

Mi opinión es que tan desangelado ambiente es el producto natural del rumbo que ha tomado el “liderazgo” franco-alemán; un rumbo que nos ha conducido a la división interna y que incluso ha acabado por repercutir en un aumento de las opiniones contrarias a la Unión en el Reino Unido, poniendo cada vez más difícil la incorporación plena de Londres al empeño europeo. No es de extrañar, por tanto, que la decepción entre los ciudadanos de los países recién incorporados haya sido tan evidente.

La situación que describo está también ahogando el impulso que podría haber proporcionado a la seguridad y la defensa europeas la incipiente “entente” tripartita entre Alemania, Francia y el Reino Unido. Los enormes retos que en este campo nos está presentando el fenómeno terrorista, con la consiguiente configuración de un nuevo esquema de enfrentamiento de tipo bipolar y asimétrico a escala mundial, encuentran así una “Unión” dividida y escasamente dispuesta a superarlos.

Hasta ahora las discrepancias entre Francia y Estados Unidos nunca habían superado una cierta “línea roja”. Para recordar algo parecido habría que retroceder hasta los tiempos en que De Gaulle encarnaba el orgullo de la nación gala y, en plena amenaza soviética, se permitía expulsar de París a la Alianza Atlántica. Desde entonces siempre hubo sus dimes y sus diretes, pero unos y otros acababan por disolverse en aquel espíritu de entendimiento que se había desarrollado en el espacio euroatlántico y que constituía uno de nuestros más preciados “bienes adquiridos”.

Ahora, cuando ante el panorama que observamos en el mundo nos preguntamos cuál es la posición de los europeos, nos es difícil encontrar respuesta. En primer lugar, porque carecemos de una política exterior, o como ahora se suele decir, de política, y punto. Y en segundo lugar, porque el empeño franco-alemán (¿o ya, simplemente, francés o alemán, por separado?) por liderar una inexistente “política europea” se abre paso a duras penas, y casi siempre, a contrapelo de la opinión de la mayoría, que acaba por ceder a fuerza de atonía y negligencia. Lo que pudo ser en su día un acuerdo en la línea de lo razonable sobre cómo enfocar la lucha antiterrorista limando asperezas con Estados Unidos, y buscando, como siempre se hizo, el punto de encuentro, se convirtió en un izado de banderas que planteaba el problema en términos demagógicos pero muy en línea con el nacionalismo degaulliano que tanto han criticado últimamente algunos destacados pensadores franceses.

La obsesión por el liderazgo europeo como objetivo prioritario no coincide, precisamente, con el mejor momento de quienes lo pretenden. Francia atraviesa un periodo de decadencia, quizá por mantener fórmulas demasiado antiguas. Por ejemplo, su centralismo y su

renuencia a adoptar las necesarias reformas. Cuando los presidentes español y británico promovieron en Lisboa el lanzamiento de unas medidas de liberalización que se estimaban necesarias para dar un definitivo impulso a Europa como gran potencia, la respuesta francesa fue decepcionante, quizá, una vez más, porque la idea no procedió de su propia iniciativa. Y cuando hablamos del momento que atraviesa Francia (“La France qui tombe” en palabras del best-seller Nicholas Baverez) no podemos separarlo de la figura del presidente francés, cada vez más aislado en su propia nación y con la espada de Damocles de la persecución judicial sobre su propia cabeza.

En cuanto a Alemania, ésta es víctima del desprestigio causado por su incapacidad para asumir satisfactoriamente la reunificación. El mito de la nación perfecta, capaz de hacer frente con éxito a cualquier reto organizativo, el mito de la nación rigurosa y exacta, ha caído. Hoy Alemania se parece poco a lo que fue. Y en materia de seguridad se ha situado en una posición de casi auto-marginación, por mucho que haya llegado a liderar las fuerzas en Afganistán. La combinación “roja y verde” de su gobierno puede haber tenido bastante que ver con esta situación.

Pero no caigamos en el error de identificar a la Unión, y mucho menos a Europa, con dos o tres países, aunque éstos tiendan a adjudicarse tal condición. Cualquiera que conozca el nacionalismo francés encarnado por De Gaulle y sus sucesores coincidirá seguramente en que su apoyo a Europa siempre se moverá dentro de los estrictos límites de los intereses de Francia, confundidos con los intereses propios, puesto que una de sus características es, precisamente, la identificación del líder con la patria.

Así se ha ido minando poco a poco ese frente unido y dispuesto a actuar que todos necesitamos para enfrentarnos al reto de una amenaza empeñada en destruir nuestra civilización. Porque, efectivamente, el objetivo de quienes nos atacan es la destrucción de una cultura que consideran moralmente depravada. Para lo cual, naturalmente, necesitan destruir también aquellos regímenes políticos que, aunque pertenecientes a países musulmanes, no estén a la altura de su interpretación de los preceptos coránicos.

Varias han sido las teorías que surgieron en estos últimos tiempos intentando anticipar el futuro o alertar de estos problemas. Cuando Huntington profetizó su famoso choque de civilizaciones la reacción del mundo occidental fue de rechazo casi frontal. Pero si, ciertamente, sus esquemas resultan difíciles de aceptar en muchos aspectos, a la vista de lo que está sucediendo hemos de admitir que contienen algunas intuiciones acertadas. Tengamos en cuenta que entonces todavía no se había producido la presentación en escena de Ben Laden, y que, sin embargo, hoy no parece necesario insistir en que la amenaza terrorista se nos muestra precisamente como un rechazo cultural convertido en “guerra santa” contra los “descreídos” occidentales.

Por mi parte, aunque no es mi intención ponerme como ejemplo de adivino ni cosa que se le parezca, sé que no falto a la verdad si recuerdo que en un artículo publicado en el número de octubre-noviembre de 2001 de esta revista titulado “Después del Once de Septiembre” decía lo siguiente, cuando sólo habían transcurrido un par de meses desde aquella fatídica

fecha y todavía vivíamos momentos de solidaridad generalizada hacia los Estados Unidos: “Sobre el combate global contra la nueva amenaza prioritaria planean numerosos peligros, pues aunque sea duro rechazar la condena activa al terrorismo cuando los escombros de las Torres Gemelas se hallan aún humeantes, no lo será tanto cuando se enfríen los rescoldos, y no serían de extrañar las defeciones cuando se pase de las formulaciones teóricas a las acciones concretas...” Y añadía: “Y no debemos olvidar que la tan extendida reacción visceral antiamericana jugará tan pronto como empieza la acción, incluso en el seno de los países aparentemente más sensatos”.

Cierto es que la Unión ha abordado la lucha contra el terrorismo con armas parecidas a las que hace unos años pasó a emplear España, con gran éxito, para combatir a ETA, es decir, con el empleo decidido y simultáneo de todos los medios del estado de derecho. Pero también es cierto que cuando tras el 11-M se hizo examen de conciencia respecto a la situación de las iniciativas tomadas, el balance reveló que muchos países de la Unión seguían mostrándose remisos a aplicarlas.

Mientras tanto, los pasos dados por Europa para dotarse de una capacidad militar adecuada a este inquietante escenario siguen siendo poco lucidos. Los más relevantes son el relevo de las fuerzas de la OTAN en Macedonia (estamos hablando de contingentes casi ridículos) y la decisión de hacer lo mismo en Bosnia, aunque en este caso los norteamericanos mantienen su presencia en lo que se refiere a algunas responsabilidades clave. Estos avances se van consiguiendo gracias al tesón y la paciencia de los cuarteles generales, pero carecen del impulso que sólo puede proporcionar una verdadera voluntad política. Por tanto no es extraño que la cicatería europea haya desanimado desde hace ya algún tiempo a los norteamericanos a buscar el apoyo de la Unión en su decidida lucha contra el terrorismo y los regímenes delincuentes. En realidad, a la hora de actuar, Europa se está convirtiendo más en una rémora que en un posible cooperador eficaz.

Si este panorama pudiera parecernos lamentable en muchos aspectos, lo será singularmente en lo que afecta a la seguridad; grave cuestión puesto que ésta es hoy la principal preocupación de la comunidad internacional. Ante el fenómeno del terrorismo, ¿qué es lo que propugna una Europa que todavía no ha decidido ni siquiera el modelo que va a adoptar para encauzar sin mayores demoras el fenómeno de la inmigración? ¿Cree Europa que basta con una política de apaciguamiento mediante concesiones que nos permitan “ganar simpatías” entre los musulmanes? Porque grandes han sido siempre los esfuerzos de los gobiernos españoles por mantener una relación amigable con los marroquíes, y, sin embargo, una encuesta realizada poco después de los atentados de Madrid revelaba que un 70% de éstos ven a los cristianos como enemigos, y nada menos que un 50% simpatizaban con el atentado; y todo esto pese a la influencia que su propio monarca ejerce sobre la opinión pública, en su doble condición de líder político y espiritual.

Frente al proyecto norteamericano, ¿qué propuesta ofrecen nuestros supuestos “líderes”, salvo la búsqueda de la supremacía política aprovechando la ocasión que les ofrecen los problemas de la ampliación y la tendencia europea al statu-quo?

Por otra parte, si la mejor prueba respecto a la voluntad política en este terreno es la disposición de gobiernos y parlamentos para dotar a la seguridad y la defensa de unos fondos adecuados, la constatación de que la mayor parte de los planes elaborados por la Unión se han diluido en la inanidad precisamente por esta causa nos revela que las motivaciones políticas han prevalecido sobre el deseo de eficacia.

Así, por ejemplo: ¿cuánta parte hay de verdadero interés por el futuro de la Unión, y cuánta de maniobra para asegurar el liderazgo propio, en la promoción por Francia e Alemania de las cooperaciones reforzadas? Por de pronto, ambos países ya pretendieron fijar las condiciones para la llamada “cooperación estructurada”, lo que les permitiría incluir o excluir a unos u otros según su propio criterio. ¿Y cómo podremos fiarnos de que no nos aplican criterios como el del Presidente de la Convención, Sr. Giscard d’Estaing, quien confesó abiertamente que su propuesta de desmontar sin mandato previo los únicos acuerdos entonces existentes, es decir, los alcanzados en Niza, estaba encaminada a desposeer a España de lo que él juzgaba un beneficio excesivo?

Naturalmente, parte de la responsabilidad de la actual división es imputable a los Estados Unidos, y también a la Organización de Naciones Unidas. Pero ahora me estoy refiriendo a la responsabilidad de Europa. Y seguramente, si los países de la Unión hubieran estado a la altura de las circunstancias asumiendo su parte de la carga del esfuerzo de seguridad y defensa, Washington no habría empezado a prescindir de ellos a la hora de la acción. Porque lo que hoy ven los Estados Unidos lo vemos nosotros también: una Unión dividida, desconcertada, donde el pensamiento nihilista esgrime hipócritamente argumentos morales para encubrir objetivos de política nacional, cuando no personales, y todo ello dentro de un debate irracional que cae frecuentemente en la contradicción y del que emerge una especie de pretendida arrogancia que no se compadece con la realidad de la negligencia y la desgana.